Las resonancias de la Revolución mexicana en El llano en llamas de Juan Rulfo

Milković, Karla

Undergraduate thesis / Završni rad

2022

Degree Grantor / Ustanova koja je dodijelila akademski / stručni stupanj: **University of Zagreb, Faculty of Humanities and Social Sciences / Sveučilište u Zagrebu, Filozofski fakultet**

Permanent link / Trajna poveznica: https://urn.nsk.hr/urn:nbn:hr:131:529150

Rights / Prava: In copyright / Zaštićeno autorskim pravom.

Download date / Datum preuzimanja: **2024-05-03**

Filozofski fakultet
Sveučilišta u Zagrebu

Repository / Repozitorij:

ODRAZ - open repository of the University of Zagreb
Faculty of Humanities and Social Sciences

zir.nsk.hr

dabar
DIGITALNI AKADEMSKI ARHIVI I REPOZITORIJI

Universidad de Zagreb
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Departamento de Estudios Románicos

Las resonancias de la Revolución mexicana en *El llano en llamas* de Juan Rulfo

Nombre y apellido de la estudiante:
Karla Milković

Nombre y apellido de la tutora:
Dra. Gordana Matić

Zagreb, 26 de mayo de 2022

Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
Odsjek za romanistiku

Odjeci Meksičke revolucije u djelu *El llano en llamas* Juana Rulfa

Ime i prezime studentice:

Karla Milković

Ime i prezime mentorice:

dr. sc. Gordana Matić

Zagreb, 26. svibnja 2022.

ÍNDICE

1. Introducción 1

2. Contexto histórico, social y político 2

2.1. La Revolución mexicana y la reforma agraria 2

2.2. La Guerra cristera 5

3. Literatura de la Revolución mexicana 6

4. Presentación del autor 8

5. Presentación de la obra 9

6. Análisis de *El llano en llamas* 11

6.1. El campo 11

6.2. Los campesinos mexicanos 15

6.2.1. La violencia 15

6.2.2. La resignación y pasividad del campesino mexicano 18

6.3. Las autoridades mexicanas 21

6.4. Los protagonistas de la Revolución 23

6.5. El papel de Estados Unidos en la Revolución mexicana 26

7. Conclusión 28

8. Bibliografía 31

1. Introducción

En este trabajo final analizaremos la forma en que se presenta la Revolución mexicana, y precisamente el período posrevolucionario, en la colección de cuentos de Juan Rulfo, *El llano en llamas*. Esta colección se publicó en 1953 y fue la primera de las dos publicaciones de Rulfo, siendo la otra su renombrada novela *Pedro Páramo* (1955). Aunque la creación literaria de Rulfo abarca solamente estas dos obras cortas, ellas establecieron a Rulfo como uno de los escritores más importantes de su generación. Sus técnicas de escritura innovadoras influyeron a muchos autores latinoamericanos. Aunque la Revolución no se comenta explícitamente en *El llano en llamas,* un análisis detallado mostrará que su obra estuvo fuertemente marcada por ese acontecimiento histórico de suma importancia para la vida social, económica y política en México de las primeras décadas del siglo XX. Además, argumentaremos que las alusiones implícitas a la Revolución y la crisis que dejó tras de sí, particularmente en el campo mexicano, están presentes en toda la colección de cuentos en cuestión. En este trabajo explicaremos el contexto histórico, social y político de la Revolución mexicana y sus consecuencias, como la reforma agraria y la Guerra cristera. Esto es significativo para nuestro análisis porque estos acontecimientos dejaron un impacto irreversible en la vida de los ciudadanos mexicanos, especialmente de los campesinos, y por lo tanto influyeron en la creación literaria de la época. Luego, se hablará sobre la literatura de la Revolución, mencionando los autores más importantes y sus obras más importantes, con el enfoque particular en la novela de la Revolución. Además, revisaremos el lugar de Juan Rulfo en el ámbito de la literatura sobre la Revolución mexicana. A continuación, se realizará la presentación del autor, que incluye los datos biográficos más importantes de Juan Rulfo. Después, presentaremos la obra *El llano en llamas,* y comentaremos su importancia con respecto al periodo literario al que pertenece. El análisis de la obra se dividirá en cinco subcapítulos. En el primer subcapítulo se examinarán los efectos de la Revolución mexicana en el campo mexicano y se discutirá el papel y los resultados de la reforma agraria. El segundo se referirá al campesino mexicano y la forma en que Rulfo muestra su triste realidad saturada de violencia que le provoca resignación y pasividad. El tercer subcapítulo examinará el papel de las autoridades mexicanas y el cuarto de los federales, de los revolucionarios y los cristeros tal y como los retrata Rulfo en sus cuentos.

En el quinto subcapítulo se hablará del bracerismo[1] y de la migración de mexicanos a Estados Unidos, así como de su papel en la Revolución mexicana. Finalmente, en la conclusión se resumirá brevemente el contenido del trabajo y se presentarán los resultados del análisis.

2. Contexto histórico, social y político

2.1. La Revolución mexicana y la reforma agraria

Para entender la creación y la motivación literaria en el México del siglo XX es importante examinar los acontecimientos históricos y sociales claves que marcaron profundamente la vida mexicana y consecuentemente la producción artística. Sin duda, el acontecimiento más importante fue la Revolución mexicana. Estuvo marcada por una serie de revueltas políticas iniciadas por el descontento con la larga dictadura de Porfirio Díaz y las políticas que favorecían a los ricos terratenientes e industriales mientras explotaban a los débiles, creando al final una gran discrepancia entre ricos y pobres. El iniciador de la revuelta, que pronto se convirtió en una revolución social, fue el empresario y político mexicano, Francisco Ignacio Madero. Se presentó contra Díaz en las elecciones presidenciales de 1910, y después de que las elecciones fueran manipuladas, se rebeló elaborando el Plan de San Luis Potosí en octubre de ese mismo año. Ese documento pedía la anulación de la fraudulenta elección de Porfirio Díaz, proclamaba a Madero como presidente provisional y llamaba a los mexicanos a la revuelta. Aunque la revuelta fue un fracaso, despertó el espíritu revolucionario en muchas partes de México. En el norte, Pascual Orozco y Pancho Villa movilizaron sus ejércitos y comenzaron a asaltar las guarniciones del Gobierno. En el sur, el líder campesino Emiliano Zapata luchó contra los caciques locales. En 1911 las fuerzas revolucionarias tomaron Ciudad Juárez, obligaron a Díaz a dimitir y declararon a Madero presidente. Con el tiempo, lo que era una simple revuelta contra el orden establecido se transformó en una guerra civil con múltiples facetas. Sin embargo, los partidarios de Madero, Zapata y Orozco pronto se volvieron contra él, insatisfechos con la lentitud de las reformas bajo el nuevo gobierno, así como con el hecho de que no se hubiera conseguido la restitución inmediata de las tierras a los indios desposeídos.

[1] En el Glosario del Diccionario de Economía Social de Mercado se explica que: "de 1942 a 1946 existió un convenio formal bilateral entre los EE.UU. y México, llamado Programa Bracero. Gracias a este programa, entre 4 y 5 millones de mexicanos pudieron trabajar como migrantes en los EE.UU. – aunque únicamente en trabajos (temporales) poco calificados, por ejemplo en las empresas agrícolas californianas" (418).

La participación de los Estados Unidos, preocupados por la amenaza que la guerra civil en México suponía para los negocios estadounidenses, complicó aún más la situación. Pronto surgió otra facción de fuerzas rebeldes, dirigida por Félix Díaz (sobrino de Porfirio Díaz), bajo el mando del general Victoriano Huerta. El embajador de Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson, se unió a Huerta y Díaz en su conspiración contra Madero en el Pacto de La Ciudadela de 1913. Madero fue capturado y posteriormente asesinado mientras Huerta asumió la presidencia. Sin embargo, el gobierno despótico de Huerta no fue muy bien aceptado y la oposición comenzó a crecer. En el norte, Pancho Villa y los políticos Álvaro Obregón y Venustiano Carranza idearon el Plan de Guadalupe, que pedía la dimisión de Huerta. Pronto Huerta se vio obligado a exiliarse y Carranza se declaró presidente, a pesar de las protestas de Villa. Como consecuencia, Eulalio Gutiérrez fue elegido presidente interino para pacificar la situación entre Villa y Carranza. Sin embargo, Obregón se alió de nuevo con Carranza y derrotaron a Villa en la batalla de Celaya en 1915. Esto marcó el fin de los éxitos revolucionarios de Zapata y Villa. Carranza fue restituido como presidente y en 1917 se firmó la Constitución. Esta cambió muchos aspectos de la vida mexicana, desde la limitación de los derechos de la Iglesia Católica Romana hasta el destino de las tierras comunales. Carranza mantuvo su poder eliminando a sus oponentes, pero pronto fue abandonado por casi todos sus partidarios, incluido Obregón. Fue asesinado mientras intentaba huir de la capital, y Adolfo de la Huerta ejerció como presidente interino hasta la elección de Obregón. Sin embargo, ya en este periodo empieza a verse "la distancia entre las promesas y los hechos: la Revolución, apenas definida jurídicamente, claudicó bajo la presión conjunta de compromisos, intereses y maniobras" (Oviedo 2001a 157).

La revolución duró oficialmente de 1910 a 1920, pero sus efectos continuaron también en la segunda mitad del siglo XX. Son estos años posteriores a la revolución los que resultaron ser los años formativos del descontento de la gente con la larga y sangrienta batalla. Silvia Lorente-Murphy (1989) en su artículo "La Revolución Mexicana en la Novela" describió la revolución como: "un movimiento de insurgencia por la tierra, de emancipación económica y de afirmación de la nacionalidad" (847). Aunque todos estos fueron objetivos admirables también señaló como la Revolución mexicana desde el principio careció de "una ideología integral directriz" y terminó siendo "un régimen acomodaticio que fomenta la usura, la violencia y la represión" así como "un juego sangriento donde el revolucionario truca sus aspiraciones de reforma social por el apetito personal de enriquecerse y ser más poderoso" (*Ibid*.). Otros autores también mostraron su insatisfacción con los resultados de la revolución. Octavio Paz, en su

ensayo más famoso que aborda la cuestión de la identidad mexicana, concluyó que incluso después de la revolución México seguía siendo "un país productor de materias primas" marcado por "la pobreza, las diferencias atroces entre la vida de los ricos y los desposeídos, el desequilibrio" (162).

Al hablar de los aspectos negativos de la Revolución mexicana, es importante mencionar la reforma agraria. Durante la época colonial, las políticas coloniales españolas concedieron tierras de cultivo a selectos colonos blancos, obligando a los indígenas a trabajar para ellos a cambio de comida y vivienda, pero manteniéndolos a menudo en un estado de endeudamiento. Posteriormente, las élites de la sociedad crearon grandes latifundios llamados haciendas en muchas partes de México, contratando y alojando a miles de campesinos e indígenas. Hasta ese momento, la mayoría de las tierras eran propiedad de unas pocas familias mexicanas. Sin embargo, tras la independencia de México en 1821, las políticas liberales trataron de atraer a empresarios extranjeros para que invirtieran en la minería, la agricultura y la ganadería mexicanas. Como consecuencia, los mexicanos ricos y los extranjeros se hicieron con la mayor parte de la tierra, y los pequeños propietarios, así como las comunidades indígenas conservaron pocas tierras productivas. Como se ha mencionado anteriormente, Emiliano Zapata luchó contra los caciques locales y exigió la restitución de las tierras a los indios desposeídos, por lo que se le puede considerar el verdadero iniciador de la reforma agraria en México. Felipe Sánchez Reyes menciona tres etapas de la reforma, comenzando en 1915 con el abogado y político Luis Cabrera, quien creó la Ley Agraria (194-196). La ley ordenaba la restitución y dotación de tierras a los pueblos y comunidades indígenas del país, ya que habían sido absorbidas ilegalmente por las haciendas vecinas. Cuando se redactó la Constitución en 1917, el artículo 27 garantizaba que los pueblos, rancherías y comunidades recibieran tierras por dotación. Sin embargo, su aplicación fracasó debido a la situación del país. En la segunda etapa, que duró desde 1935 hasta 1938, el entonces presidente de México, Lázaro Cárdenas, aceleró el reparto de tierras de los terratenientes a los campesinos e inició el fin de la hacienda. Por otra parte, es en la tercera etapa donde radica el fracaso. Aunque el presidente que asumió el cargo después de él, Manuel Ávila Camacho, continuó con el reparto agrario, no apoyó la idea de Cárdenas del ejido colectivo[2] y repartió tierras inservibles, ya que consideraba que no había más tierras que repartir. Los perjudicados fueron los más pobres y desfavorecidos de la sociedad

[2] Diccionario panhispánico del español jurídico explica que se trata de "la forma de propiedad de la tierra que consiste en la asignación estatal de un terreno a un grupo de campesinos para su explotación colectiva".

mexicana, los campesinos mexicanos. Aunque los objetivos de la reforma eran principalmente reducir la pobreza y la desigualdad y asegurar la estabilidad política, cada vez era más evidente que, al igual que la Revolución, no fue más que "una mitificación sin ningún asidero a la verdadera realidad social y económica de México" (Lorente-Murphy 1989 96).

2.2. La Guerra cristera

Otro acontecimiento importante que hay que mencionar en este contexto, así como en el de la vida y obra de Juan Rulfo, es la Guerra cristera o la Cristiada, un conflicto armado entre el Gobierno y los grupos católicos en México que duró de 1926 a 1929. Surgió como consecuencia de las medidas adoptadas por el gobierno de Plutarco Elías Calles que pretendían limitar y controlar el culto católico en el país. La Constitución de 1917 contenía varios artículos que reducían el poder político, social y económico de la Iglesia. Aunque el presidente Venustiano Carranza no hizo mucho para aplicar los artículos anticlericales, durante el gobierno de Álvaro Obregón la tensión entre el Gobierno y la Iglesia aumentó notablemente.

El punto culminante ocurrió en 1924, cuando Plutarco Elías Calles llevó a la presidencia una feroz ideología anticlerical en forma de la Ley Calles. Calles cerró iglesias y conventos, hizo deportar a muchos sacerdotes extranjeros y arrestó a algunos curas por oponerse públicamente a las leyes del país. Sin embargo, una vez que se produjo la rebelión, el alto clero no dirigió políticamente el movimiento y el liderazgo quedó en manos de los movimientos populares, en particular de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. El pueblo se levantó contra el Gobierno mexicano al grito de "¡Viva Cristo Rey!", y de ahí el nombre de cristeros. Como los cristeros no contaban con el entrenamiento y los suministros militares adecuados, la Liga reclutó a un exgeneral huertista, Enrique Gorostieta, para que les ayudara.

Los cristeros tuvieron éxito en sus esfuerzos a lo largo de 1928 y en 1929, pero la rebelión fue combatida con igual fuerza, y los cristeros pronto se enfrentaron a divisiones dentro de sus propias filas. En 1928 el embajador de Estados Unidos, Dwight Morrow, sirvió como mediador entre el Vaticano, la jerarquía católica mexicana y el gobierno de Calles, durante las conversaciones para una resolución pacífica del problema cristero. Estos planes tuvieron que ser suspendidos cuando el presidente electo Álvaro Obregón fue asesinado por un joven católico, José de León Toral. Posteriormente, Emilio Portes Gil fue nombrado presidente interino. Durante la presidencia de Portes Gil, el embajador Morrow reactivó la negociación de la paz, y en junio de 1929 se llegó a un acuerdo entre Portes Gil y el arzobispo Leopoldo Ruiz y Flores, que finalmente puso fin a la Guerra Cristera.

Aunque luego se extendió a centros más lejanos, la rebelión comenzó en Zacatecas, Colima, Nayarit, Michoacán, Querétaro, Guanajuato y por supuesto en Jalisco, donde nació Juan Rulfo. El autor que nos interesa tenía entonces entre nueve y doce años, y vivía en San Gabriel, pero al estallar la rebelión fue enviado al orfanato de Guadalajara. Rulfo declaró en una ocasión respecto a la Guerra cristera que: "Yo siempre fui anticristero, me pareció siempre una guerra tonta del gobierno y del clero" (Poniatowska 148). Pedro García-Caro recuerda que Rulfo también comentó que México tenía: "dos industrias pesadas: la fábrica de desiertos y la de niños" señalando la actitud crítica de Rulfo hacia México como espacio nacional (89). Considerando el largo período de constantes luchas y conflictos, esta actitud crítica no es una sorpresa, especialmente de alguien que fue testigo de esta "fábrica de desiertos" (*Ibid.*) o "de despoblación" (90) que se apoderó del campo mexicano donde creció. Además, Felipe Sánchez Reyes describe la guerra como: "la revuelta rural del México viejo, campesino y católico, y su pacificación es lenta e incompleta" (189). Es en este ambiente de largos y tediosos conflictos, que parecían solo resultar en más lucha por un lado y la ideología de la revolución como un evento heroico por el otro, que muchos autores tuvieron que crecer y vivir. Independientemente de la aparente actitud crítica hacia estos acontecimientos históricos, la obra literaria de Juan Rulfo estuvo fuertemente marcada por ellos.

3. Literatura de la Revolución mexicana

Dado que la Revolución mexicana fue un movimiento popular, las primeras manifestaciones de la misma se encuentran en el folclore y formas similares. Sin embargo, la expresión literaria más importante de este periodo es la novela de la Revolución, que a veces también incorporaba otros materiales como: biografías y autobiografías, memorias, testimonios, reportajes, etc. José Miguel Oviedo destaca que la mayoría de estas obras reflexionan sobre el periodo más tenso y violento del conflicto, de 1910 a 1917, e introducen nuevos problemas, personajes y tonos que antes no formaban parte de la literatura mexicana (2001a 159). El pueblo se convierte en el protagonista de estas obras, pero al buscar una nueva forma de vida siempre se encuentra con la derrota y la desesperación. Según Oviedo este género marca "una nueva etapa de la novela mexicana: aquella en la cual las visiones y revisiones de conjunto predominan y la crítica a la revolución se hace todavía más aguda" (2001a 180). Oviedo nombra a *Los de abajo* de Mariano Azuela como la novela iniciadora de este género, añadiendo a continuación a Martín Luis Guzmán y Mauricio Magdalena a la lista de autores más destacados (2001a 159). Giuseppe Bellini describe *Los de abajo* como: "la novela de la Revolución por excelencia, animada por

episodios de barbarie y sangre, trágicamente épica en el ímpetu desesperado de todo un pueblo que se lanza a la guerra", señalando la crítica de Azuela a la Revolución "que acaba por ser desilusión profunda" (447). Esta visión sombría es una característica persistente en este tipo de novelas y también está presente en la obra de Martín Luis Guzmán que a partir de 1934 adopta el tema de la Revolución como su principal tema literario. Entre sus mejores obras se encuentran: *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del Caudillo* (1929) y la serie de las *Memorias de Pancho Villa* (1934).

Mauricio Magdalena fue más conocido por su contribución al cine mexicano. Integró las formas del melodrama clásico con los temas de la Revolución en obras como *María Candelaria* (1943) y *Río escondido* (1947). Sin embargo, su mejor aportación es la novela *El resplandor* (1937), que además de ser un ejemplo de la novela de la Revolución puede considerarse también novela indigenista.

Más adelante, Oviedo añade también a José Rubén Romero como uno de los representantes del género, atribuyéndole el mérito de añadir "a la novela mexicana un sabor irónico y popular en una narrativa donde predominaba la nota violenta y pesimista" (2001a 178). Sus obras más representativas son la novela *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936) y la apicarada *La vida inútil de Pito Pérez* (1938). Bellini menciona a otro autor importante, Gregario López y Fuentes, quien empezó como poeta, pero es más conocido por sus novelas como *El campamento* (1931), *Tierra* (1932), una novela sobre el revolucionario mexicano Emiliano Zapata, *¡Mi general!* (1934), una obra sobre la vida de los generales después de la Revolución, y su obra más célebre, *El indio* (1935), que trata de la dura vida de la raza indígena de México. Su obra es peculiar por el tono apasionado y a menudo cargado de simpatía con el que presenta a ciertas figuras y situaciones revolucionarias, mostrando compasión por el sufrimiento de los campesinos, así como de los soldados que perdieron la vida en aquella bárbara guerra (Oviedo 2001a 179). Oviedo también reconoce la existencia de las novelas de la Guerra cristera, aunque señala que son principalmente de interés local y da dos ejemplos: *Los cristeros* (1927) de José Guadalupe de Anda y *Pensativa* (1945) de Jesús Goytortúa Santos (2001a 159).

Por último, hay algunos autores que pertenecen a este periodo literario pero que, debido a la diferente naturaleza de su obra literaria, así como de sus técnicas y visiones, se estudian por separado. Estos autores son: Agustín Yáñez, Carlos Fuentes y Juan Rulfo (*Ibid.*). Por otra parte, Giuseppe Bellini incluye a estos autores en el género de la "nueva novela" (550). Agustín Yáñez se ocupa principalmente de las indagaciones sobre la realidad nacional, mientras que su mejor

obra, *Al filo del agua* (1947), es un ejemplo de las novedades que surgieron en el ámbito de la novela. Además, Carlos Fuentes continúa con el tema de la revolución y su fracaso en sus obras: *La región más transparente* (1958), *La muerte de Artemío Cruz* (1962), *Cambio de piel* (1967), *Zona sagrada* (1967) y *Terra nostra* (1975). Emprende la búsqueda de la autenticidad y aborda el problema de la identidad mexicana. Sin embargo, la persona cuya obra, según Oviedo, marca "el fin de la novela revolucionaria como crónica" y a la que se atribuye la renovación de este género es Juan Rulfo (2001b 69). A pesar de tratar el tema de la Revolución, Rulfo lo hace de una manera muy sutil, utilizando técnicas narrativas nunca antes utilizadas, y adopta un tono objetivo sin mencionar ninguna fecha o persona real en su obra. Su modesta creación literaria es el mejor reflejo de la nueva situación de la sociedad mexicana, cada vez más resentida con la Revolución que les dejó una sensación de vacío y pérdida (*Ibid*.).

4. Presentación del autor

Juan Rulfo es el escritor mexicano considerado uno de los mejores novelistas y cuentistas de la América Latina del siglo XX. Aunque su creación literaria abarca esencialmente dos obras, la colección de cuentos *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955), se ganó el título de figura central de la novela mexicana (Oviedo 2001b 68). Rulfo nació en Acapulco, Jalisco, el 16 de mayo de 1918 y, aún siendo niño, su familia se trasladó a San Gabriel. Sin embargo, pronto estalló la Guerra cristera que dejó un gran impacto sobre la vida de Rulfo y su visión del mundo, como él mismo alega en la introducción de la edición crítica de *El llano en llamas* de Ediciones Cátedra:

> Yo tuve una infancia muy dura, muy difícil. Una familia que se desintegró muy fácilmente en un lugar que fue totalmente destruido. Desde mi padre y mi madre, inclusive todos los hermanos de mi padre fueron asesinados. Entonces viví en una zona de devastación. No solo de devastación humana, sino devastación geográfica. Nunca encontré ni he encontrado hasta la fecha la lógica de todo esto. No se puede atribuir a la Revolución. Fue más bien una cosa atávica, una cosa de destino, una cosa ilógica. Hasta hoy no he encontrado el punto de apoyo que me muestre por qué en esta familia mía sucedieron en esa forma, y tan sistemáticamente, esa serie de asesinatos y crueldades (Rulfo en Blanco Aguinaga 15).

Rulfo pasó 4 años en un orfanato en Guadalajara que en sus propias palabras fue: "donde conseguí un estado depresivo que todavía no se me puede curar" (*Id.* 16). En 1934 se trasladó al Distrito Federal para estudiar Derecho, pero pronto lo abandonó y ocupó diversos cargos burocráticos. Uno de los acontecimientos importantes fue su trabajo con la Comisión del Papaloapan en un proyecto estatal de irrigación para la región de Veracruz, de 1953 a 1956, ya

que le devolvió al campo que ocuparía un lugar central en sus obras. En 1962 consiguió un trabajo en el Instituto Nacional Indigenista que mantuvo hasta su muerte en 1986.

A partir de 1945 comenzó a publicar sus relatos en revistas mexicanas y posteriormente los recopiló en *El llano en llamas*. Una vez que tuvo las técnicas y las ideas claras, dos años después, publicó su novela *Pedro Páramo*. Ambas obras resultaron ser un gran éxito y obras maestras en sus respectivos géneros. En sus obras Juan Rulfo presenta la vida en las zonas rurales del oeste de México, utilizando el leguaje de los campesinos mexicanos.

En *Pedro Páramo*, Rulfo cuenta la historia de Juan Preciado, que va en busca de su padre para cobrar sus viejas deudas y acaba en el decadente y fantasmal lugar de Comala. Rulfo asegura que el protagonista de la obra es el pueblo: "Es un pueblo muerto donde no viven más que ánimas, donde todos los personajes están muertos, y aun quien narra está muerto. Entonces no hay un límite entre el espacio y el tiempo. Los muertos no tienen tiempo ni espacio" (García, en línea). La novela provocó el desconcierto de algunos críticos al no ser tradicional en el sentido de seguir los parámetros básicos planteados por los autores precursores de la novela de la Revolución. Oviedo afirma que Rulfo "da un giro decisivo a todas esas tradiciones literarias cuyos consabidos referentes eran la tierra, el campesino-víctima, el caciquismo feudal, la historia sangrienta de sus luchas, para someterlos a una inflexión universal, mítica y simbólica" (2001b 69). Con su forma específica de escribir y narrar consigue ficcionalizar por completo el tema de la dolorosa historia mexicana sin hacer nunca referencias explícitas a ella y sin ofrecer una solución a este dolor (*Ibid.*).

Después de publicar estas dos obras, Rulfo entró en "una crisis emocional y un silencio literario" que duró hasta su muerte (Díez Rodríguez, en línea). Otras obras de Rulfo que se conservaron fueron solo algunos cuentos y *El gallo de oro* (1980), una colección de textos cinematográficos del autor. También se cree que en 1974 destruyó el original incompleto de la novela *La cordillera*. Aunque existía un gran interés por su regreso como autor, en una ocasión Rulfo dijo: "Un escritor es un hombre como cualquier otro. Cuando cree que tiene algo que decir, lo dice. Si puede, lo escribe. Yo tenía algo que decir y lo dije; ahora no creo tener más que decir, entonces, sencillamente, no escribo" (*Ibid*.).

5. Presentación de la obra

La obra *El llano en llamas* es la colección de cuentos de Juan Rulfo publicada en México D.F. en 1953 en El Fondo de Cultura Económica. La colección consta de 17 relatos que cuentan la

historia de una vida dura en el campo mexicano caracterizada por "la violencia, el odio, la venganza generalizada (aun dentro de una misma familia) y el abandono que [...] había sufrido por la guerra revolucionaria" (Oviedo 2001b 70). A diferencia de la curiosidad objetiva y siempre moralizante de los autores que le precedieron, Rulfo presenta en su obra el caso de una angustia interna que parece no tener una tesis evidente mientras que penetra tanto en los temas como en el lenguaje del libro (Blanco Aguinaga 18). Sin embargo, rara vez explica los mecanismos internos de la realidad en sus relatos, sino que la da tal cual es y deja que se explique por sí misma, logrando esa inusual objetividad (*Id.* 27).

Rulfo logra su mundo subjetivo e interior mediante sus técnicas innovadoras: "la fragmentación del tiempo narrativo y la percepción mitificadora del mundo real" (Oviedo 2001b 72). El tiempo no fluye linealmente, sino que es más bien un flujo discontinuo de una conciencia subjetiva que controla la narración del cuento. Por eso hay muchas omisiones, analepsis, prolepsis, anticipaciones, voces superpuestas y ecos que distorsionan la realidad y crean la suya propia dentro de los relatos. Aunque siempre hay un narrador en primera persona "que nos hundirá en la meditación interior" (Blanco Aguinaga 25), a veces no podemos identificar de inmediato quién está hablando, lo que lleva a otra de las características de la obra de Rulfo "la difuminación del hablante" y el diálogo que en realidad es monólogo contemplativo, ejemplificado mejor en el cuento "Luvina" (*Id*. 20). Mediante la segunda técnica, la percepción mitificadora del mundo real, Rulfo crea una nueva realidad cuyas fronteras con las formas de imaginación popular han sido deformadas o incluso borradas. Esto tiene sus raíces en "el trasfondo mitológico del antiguo México y en creencias mágico-religiosas del presente" (Oviedo 2001b 72). Aunque esas fronteras difuminadas entre dicotomías como vida/muerte y el mundo real/ultratumba se profundizan aún más en la novela *Pedro Páramo*, empiezan a percibirse en "Luvina" que para el autor "fue más bien un ejercicio para entrar en un mundo un poco así, sombrío, siniestro más bien, con la atmósfera rara de *Pedro Páramo*" (Díez Rodríguez, en línea). Carlos Blanco Aguinaga observa que: "Rulfo, con mano maestra, logra detener el tiempo, borrando a la vez toda representación exterior de los personajes para darnos esa monótona y difusa vivencia interior en la que la tragedia es intuida y aceptada como inevitable" (19). Ya sea el pueblo y el profesor de "Luvina" o los campesinos de "Nos han dado la tierra", o incluso el viejo Esteban en "En la madrugada", no ven otra opción que aceptar lo que la vida les ha dado.

Otra forma en la que Rulfo logra este estancamiento temporal y el énfasis en lo interno es la repetición de la frase inicial que los personajes repiten periódicamente, de modo que parece que todas sus palabras quedan "suspensas en un mismo momento sin tiempo" (*Id.* 22). El cuento "Nos han dado la tierra" es uno de los ejemplos donde aparece esta característica: "[...] ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros. [...] Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo [...] Ahorita son algo así como las cuatro de la tarde [...] Son como las cuatro de la tarde" (*Id.* 39). Sin embargo, aunque Rulfo crea un nuevo mundo dentro de su obra que aparentemente sigue sus propias reglas, es obvio que los temas que adoptan los cuentos no pueden estar completamente separados de la realidad que él y el pueblo mexicano han vivido y experimentado.

6. Análisis de *El llano en llamas*

6.1. El campo

Juan Rulfo se formó como escritor en una época en la que las corrientes narrativas mundiales se centraban en temas modernos y en la vida urbana. Sin embargo, la situación en México era diferente, ya que predominaba la sociedad rural. Por ello, entre los años de 1943 a 1958, surgió un interés por el campo y los problemas del México posrevolucionario. Tanto el mundo de la cultura como el de la academia produjeron trabajos influidos "por la búsqueda de una legitimación de los reclamos revolucionarios, como serían el reparto de tierras, el finiquito de la hacienda como unidad productora rural y el apoyo a la producción rural" (Guzmán Anguiano 53-54). La obra de Rulfo no fue diferente. En la entrevista con Joseph Sommers, Rulfo dijo: "Yo conocí la historia a través de la narrativa" (García, en línea). Del mismo modo, podemos aprender mucho sobre la historia a través de la suya, si leemos entre líneas. Rulfo nunca critica abiertamente a la Revolución en su obra, pero es posible percibir en ella esa atmósfera posrevolucionaria. Al mostrar el estado de la gente y de la tierra después de la Revolución, parece como si indirectamente nos invitara a cuestionar el éxito de la misma bien como sus consecuencias.

Los relatos se pueden situar fácilmente en el espacio, ya que hay alusiones a localidades como Talpa, Zapotlán, San Gabriel (Rulfo 45, 70, 76). Esos lugares pertenecen al Estado de Jalisco, que Rulfo conoce muy bien y donde creció. Sin embargo, Rulfo no celebra el progreso de estos lugares, sino que muestra la triste realidad del campo mexicano posrevolucionario. En sus relatos describe un ambiente desamparado, desolado, empobrecido y una tierra infértil marcada

por las consecuencias de la infructuosa reforma agraria. Así es el pueblo Luvina, "un lugar aislado árido, moribundo y fantasmal" (Díez Rodríguez, en línea). Es un lugar donde "nunca verá usted un cielo azul [...] sin un árbol, sin una cosa verde para descansar los ojos; todo envuelto en el calín ceniciento" (Rulfo 120-121). La tierra es azotada por el viento despiadado que "rasca como si tuviera uñas" (*Id.* 120). Rara vez llueve, e incluso cuando finalmente llega una tormenta deja "nada más el pedregal flotando encima del tepetate" (*Id.* 121). Todo esto lo cuenta un viejo profesor que lleva muchos años viviendo allí, incluso él no sabe cuánto tiempo porque "[...] allá el tiempo es muy largo. Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años" (*Id.* 126). La gente es muy pasiva como se observa en la siguiente cita: "Solo quedan los puros viejos y las mujeres solas, o con un marido que anda donde solo Dios sabe dónde [...] Mientras tanto, los viejos aguardan por ellos por el día de la muerte, sentados en sus puertas, con los brazos caídos, movidos solo por esa gracia que es la gratitud del hijo... Solos, en aquella soledad de Luvina" (*Id.* 126).

José Carlos González Boixo nota un cierto vínculo entre la tierra y su gente, porque la tierra ha sido privada de la vida, sus gentes también lo están, ya que "[l]a desolación de la tierra es también la desolación del hombre" (16). Esta descripción de un lugar abandonado, impotente y empobrecido no es, sin embargo, algo específico en el caso de Luvina. Como se ha mencionado antes, Rulfo es conocido por someter su obra a una inflexión universal y simbólica, por lo que podría entenderse como una descripción más amplia del campo mexicano en el periodo posrevolucionario. Además, descripciones similares pueden verse a lo largo de los cuentos de la colección. Guzmán Anguiano señala que Rulfo nos muestra una "imagen de un campo agreste, violento, en donde la miseria y las injusticias iban de la mano, donde la muerte convivía con la vida y donde las condiciones de vida de los habitantes estaban muy impregnadas de la religiosidad y la superstición" (50). El apático pueblo de Luvina, descrito por el maestro como: "[…] el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio", refleja perfectamente esta coexistencia de vida y muerte (Rulfo 127). La superstición y la religiosidad del pueblo, más pronunciadas en el campo que en la ciudad, se pueden observar mejor en el cuento "Anacleto Morones", que muestra la facilidad con la que se puede engañar a la gente haciéndoles creer que el fraudulento Anacleto es un santo. Además, en "Macario", Felipa le dice a Macario que el ruido de los grillos en realidad trata de tapar el llanto de las almas que sufren en el purgatorio (*Id.* 91). Parece que la Revolución no ha cambiado nada: "Los hijos se pasan la vida trabajando para los padres como ellos trabajaron para los suyos y como quién sabe cuántos atrás de ellos cumplieron con su ley..." (*Id.* 126).

En la obra de Rulfo también podemos ver las consecuencias que tuvo la reforma agraria en la vida en el campo, uno de los objetivos de la Revolución. Los campesinos de "Nos han dado la tierra" son los que mejor lo saben. Han recibido la tierra del Gobierno, pero esa tierra está en una "llanura rajada de grietas y de arroyos secos" donde no hay "ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada" (*Id.* 39). Al igual que en "Luvina", todo parece como si el tiempo se quedara quieto, la tierra está seca y sedienta porque "no llueve" (*Id.* 40). En cambio, aquí sí se oyen los ladridos de los perros, pero vienen del pueblo de más allá, junto al río, no del mísero llano que les dieron (*Id.* 39). Felipe Sánchez Reyes cree que aquí Rulfo podría estar aludiendo a la tercera etapa de la reforma agraria, cuando el presidente Manuel Ávila Camacho repartió tierras inservibles (195). Considera que los campesinos de este cuento son exrevolucionarios que no obtuvieron la tierra en la primera etapa de la reforma agraria, debido al fracaso de la misma, al caos del país y a los trámites de acreditación que tardaron hasta 35 años (*Ibid*.). Los campesinos son conscientes de que no pueden hacer nada con esta tierra: "Vuelvo hacia todos lados y miro el Llano. Tanta y tamaña tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga" (Rulfo 41). Están confundidos sobre lo que deben hacer con esta tierra inútil: "Pero nosotros, cuando tengamos que trabajar aquí, ¿qué haremos para enfriarnos del sol, eh? Porque a nosotros nos dieron esta costra de tapetate para que la sembráramos" (*Ibid*.). Como se ha mencionado anteriormente en este trabajo, una de las técnicas con las que Rulfo logra el estancamiento temporal en su obra es la repetición de frases por parte del hablante para mantenernos suspendidos en el tiempo. Silvia Lorente-Murphy (1987), por su parte, cree que estas repeticiones tienen un propósito más. Ella cree que la repetición obsesiva de los pocos elementos que componen el paisaje, junto con los ya mencionados silencios y las pocas palabras utilizadas por los campesinos subrayan la pobreza, la falta de progreso y lo inhóspito del entorno (97).

Además, también se podría argumentar que la fracasada reforma agraria se discute indirectamente en el cuento "La Cuesta de las Comadres". Al principio del relato el narrador nos explica que: "la mayor parte de la Cuesta de las Comadres nos había tocado por igual a los sesenta que allí vivíamos, y a ellos, a los Torricos, nada más un pedazo de monte, con una mezcalera nada más, pero donde estaban desperdigadas casi todas las casas. A pesar de eso, la Cuesta de las Comadres era de los Torricos" (Rulfo 45). De este párrafo se desprende el fracaso de la reforma. Aunque la tierra se distribuyó equitativamente, todo el poder volvió a manos de unos pocos, es decir, de los Torricos. Es más, en el vecino Zapotlán parece haber otra familia prominente, los Alcaraces, lo que podría aludir a una situación jerárquica similar también.

Aunque el narrador dijo que era: "buen amigo de los Torricos" (*Id.* 46), la gente del pueblo no los quería. Cuando los Torricos se fueron, "La gente sacaba de las cuevas del monte sus animalitos y los traía a amarrar en sus corrales. [...] Y uno oía en la madrugada que cantaban los gallos como en cualquier lugar tranquilo, y aquello parecía como si siempre hubiera habido paz en la Cuesta de las Comadres" (*Id.* 48). Esto podría indicar la tiranía que los Torricos ejercían sobre la gente del pueblo. Es posible que les quitaran sus posesiones, por lo que el pueblo tuvo que esconderlas. Esto además enfatiza la injusticia que aún persistía en el campo mexicano incluso después de la reforma.

Los campesinos pobres solo tienen dos opciones: irse o someterse al sistema injusto. Las penurias parecen multiplicarse, si no es la tierra infértil son los opresores injustos. Por ello, la gente empieza a marcharse, como en el pueblo en cuestión: "la Cuesta de las Comadres se había ido deshabitando" (*Id.* 46). En verdad, después de la Revolución mexicana, hubo un proceso de migración del campo a la ciudad, que tuvo su auge durante las décadas de 1940 y 1950 cuando los campesinos iban en busca de mejores condiciones de vida (Guzmán Anguiano 53). Esta situación tampoco era extraña para la familia de Rulfo. La zona sur de Jalisco, según señala Guzmán Anguiano: "se vería azotada por la Revolución Mexicana, lo que causaría carestía de recursos e inseguridad en la región" (51) por lo que, antes de que Rulfo naciera, tenían que trasladarse constantemente en busca de seguridad y estabilidad. La otra opción para la gente era aceptar su destino y quedarse. Sin embargo, en el caso de quedarse estaban sometidos a la voluntad de la naturaleza que además de la sequía, cuyo ejemplo se puede observar en los cuentos "Luvina" y "Nos han dado la tierra", podía traerles terremotos, lo que se describe en "El día del derrumbe" o inundaciones, lo que se menciona en el cuento "Es que somos muy pobres". Tal fue la opción de los habitantes de Luvina, que perdieron toda esperanza de salvación. Cuando el profesor trató de convencer a la gente de que se fuera: "¡Vámonos de aquí! – les dijo. No faltará modo de acomodarnos en alguna parte", le dijeron: "Pero si nosotros nos vamos, ¿Quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos" y así se quedaron (Rulfo 126-127). Se quedaron: "casi arrastrados por el viento", y cuando el profesor aseguró que el viento acabaría con ellos, respondieron: "Dura lo que debe de durar. Es el mandato de Dios" (*Ibid*.). Si consideramos a Luvina como un prototipo del campo mexicano posrevolucionario podemos entender también otra alusión indirecta a la Revolución y a los procesos que ésta inició. Hacia el final del relato, el profesor le dijo a otro profesor más joven en su camino a Luvina que: "Estaba cargado de ideas. Usted sabe que a todos nosotros nos infunden ideas. Y uno va con esa plata encima para plasmarla en todas partes. Pero en Luvina

no cuajó eso. Hice el experimento y se deshizo...” (*Id*. 128). Asimismo, aunque la Revolución y la reforma agraria estaban cargadas de grandes ideas, ellas no cuajaron en el campo mexicano.

6.2. Los campesinos mexicanos

6.2.1. La violencia

En su análisis de la obra de Juan Rulfo, José Carlos González Boixo observa que: “Los personajes de Rulfo se encuentran en medio de una realidad que les es hostil, todo conspirará contra ellos y no parece esperarse ningún alivio para cambiar su situación” (16). Efectivamente, esta realidad hostil y violenta tiene diversas manifestaciones a lo largo de los cuentos. En el apartado anterior de este trabajo se ha mencionado que la naturaleza con sus procesos imprevisibles representaba un peligro para los campesinos y estas fuerzas de la naturaleza “propiciarían su alegría o su desgracia” (Guzmán Anguiano 55). Incluso cuando no eran maltratados por la naturaleza, eran oprimidos por las figuras de la autoridad, como los Torricos del cuento “Cuesta de las Comadres”. Sin embargo, la hostilidad no se detiene ahí. Los campesinos de estos relatos solían pasar mucha hambre debido a la pobreza, como experimenta Macario: “yo siempre tengo hambre y no me lleno nunca”, ni siquiera cuando la criada Felipa le da su pequeña ración de comida (Rulfo 88). Ambos reciben solo “dos montoncitos” de comida por parte de la tía de Macario que ella “hace con sus manos” (*Ibid*.). Incluso el hijo de “Paso del Norte” se enfrenta al mismo problema: “La semana pasada no conseguimos pa comer y en la antepasada comimos puros quelites” (*Id.* 134). El hijo explica a su padre que: “Ya nadie cría puercos en este tiempo. Y si los cría pos se los come. Y si los vende, los vende caros. Y no hay dinero pa mercarlos, demás de esto. Se acabó el negocio, padre” (*Ibid.*). La gente del campo se enfrenta a la escasez de trabajo y se ve obligada a buscarlo en otra parte, por lo que el hijo decide: “Me voy al Norte” (*Ibid*.). Además, la disparidad entre los ricos de las ciudades y los pobres del campo mexicano es evidente en los relatos. Es casi como si vivieran en dos mundos diferentes. En “El día del derrumbe” esto se ejemplifica en la situación en la que el narrador campesino dice: “Nosotros nos reíamos cuando decían que estaba muy buena la barbacoa, ¿o no, Melitón?, cuando por aquí no sabemos ni lo que es eso de barbacoa” (*Id.* 154). La situación es irónica porque efectivamente estaban haciendo una barbacoa, pero la gente del campo no conoce la palabra “barbacoa” ya que se usaba en las ciudades. Además, el relato pone realmente en perspectiva esta disparidad. Por un lado, se enfatiza la pobreza del pueblo por el hecho de que perdieron sus casas y a sus seres queridos en el terremoto: “Hasta vi cuando se derrumbaban las casas como si estuvieran echas de melcocha; [...] Y la gente salía de los escombros toda

aterrorizada corriendo derecho a la iglesia dando de gritos" (*Id.* 151). Por otro lado, el gobernador y la gente de la ciudad recibieron una fiesta en la celebración de su llegada que costó "cuatro mil pesos" ya que tal era la costumbre: "Todos ustedes saben que nomás con que se presente el gobernador, con tal de que la gente lo mire, todo se queda arreglado" (*Id*. 152). No solo hay una gran brecha entre estos dos grupos, sino que los ya desfavorecidos acaban sufriendo aún más, puesto que son ellos los que tienen que sufragar el coste de la fiesta.

Es innegable que: "Los estallidos violentos suelen aparecer en los cuentos repentina y fugazmente, determinando la historia de forma implacable" (Terol Plá 183). Además de la violencia de la naturaleza y de las autoridades, hay mucha violencia entre los personajes. Uno de los ejemplos es el cuento "El hombre", donde un hombre mata al hermano de José Alcancía y este, a su vez, va y mata a la familia del hombre mientras dormían. Otro ejemplo es el asesinato de Anacleto por Lucas Lucatero en "Anacleto Morones". Por otra parte, la violencia también puede tomar forma velada, como es el caso de "Talpa", donde Tanilo pierde la vida por acciones de su hermano y su esposa, que le convencen para que vaya caminando a Talpa, aún sabiendo que eso le podría matar. Gracia Terol Plá hace una observación interesante, considera que la pobreza es otro tipo de violencia (184). Utiliza el cuento "Es que somos muy pobres" para apoyar su argumento. En el relato, la familia se ve afectada por una serie de desgracias. Su cosecha de cebada se arruinó por la lluvia, luego el río inundó todo el pueblo y se llevó la vaca que fue un regalo de su padre a la hermana del narrador. Aunque la causa de la desgracia parece ser la hostilidad de la naturaleza, se trata sobre todo del problema de la pobreza que es la verdadera causa del estado de la familia: "Pensamos que la falta de la cebada y la ausencia de la vaca y el becerro suponen un enorme desastre precisamente debido a que los campesinos se hallan en condiciones miserables" (*Ibid*.).

En su análisis de la violencia en la obra de Rulfo, Åsa Sebestyen introduce "la violencia estructural" (11-13), que puede relacionarse con la ya comentada violencia de las autoridades. Ella proporciona su propia definición del término: "la opresión y la miseria de ciertos grupos de la sociedad por el sistema social y político" (11). Señala que el mundo de Rulfo está marcado por la división de clases y que muchos personajes tienen una posición social muy baja (*Ibid.*). Al carecer de seguridad social, se convierten en víctimas de la violencia estructural (*Ibid*.). Según ella, las mujeres son el grupo representativo que sufre este tipo de violencia (*Ibid*.). Ellas solo tienen dos opciones: casarse y ser mantenidas por un hombre o trabajar como prostitutas (*Ibid*.).

Esta polémica se discute en “Es que somos muy pobres”. La razón por la que la pérdida de la vaca es muy importante para la hermana del narrador, Tacha, es porque le da la oportunidad de casarse: “Con la vaca era distinto, pues no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, solo por llevarse también aquella vaca tan bonita” (Rulfo 58). La otra opción la encarnan sus hermanas: “Según mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran muy retobadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas” (*Ibid*.). Sin embargo, si una mujer recurre a esta opción tendrá que enfrentarse a la exclusión de la sociedad: “Entonces mi papá las corrió a las dos. Primero les aguantó todo lo que pudo; pero más tarde ya no pudo aguantarlas más y les dio carrera para la calle. Ellas se fueron para Ayutla o no sé para dónde; pero andan de pirujas” (*Ibid*.). Gracia Terol Plá observa los peligros de una mujer que acaba soltera. Señala cómo en “Anacleto Morones” las solteronas fueron engañadas por Anacleto. Además, no podían pernoctar en la casa de Lucas Lucatero porque habrían sido juzgadas por la opinión pública (187). Concluye que incluso en este caso la mujer sigue dependiendo de la figura masculina para su protección y seguridad, que para las solteronas sería Anacleto Morones (*Ibid*.).

Otra situación en la que la violencia estructural es evidente es en el caso del caciquismo (Sebestyen 11). Sebestyen considera que en este sentido la obra de Rulfo puede ser vista como: “una crítica del sistema político en general, en el cual pocas personas tienen demasiado poder” (12). Además, muestra cómo los personajes no pueden tener poder sin abusar del sistema (*Ibid*.). Ya se han mencionado algunos ejemplos de ello. Uno es la tiranía que los Torricos ejercen sobre la gente de la Cuesta de las Comadres. El segundo es el caso de los codiciosos representantes del Gobierno de “El día del derrumbe” que decidieron divertirse en la fiesta del pueblo en lugar de utilizar el dinero gastado en ella para ayudar a la gente afectada por el terremoto. Sebestyen agrega a esta lista el cuento “Diles que no me maten” (*Ibid*.). En el cuento Juvencio Nava le ruega a su hijo que vaya a ver al sargento para que le perdone la vida: “¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad” (Rulfo 111). A lo largo del cuento descubrimos que el sargento es el hijo de un hombre al que Juvencio mató años antes por una disputa de tierras. Sin embargo, como este es el caso, no podemos saber con seguridad si el asesinato de Juvencio es el “resultado de un acatamiento de la ley o de una venganza personal por parte del sargento” (Sebestyen 12).

6.2.2. La resignación y pasividad del campesino mexicano

En la vida de los campesinos mexicanos había otra dificultad, la falta de justicia. Este fenómeno se ve mejor en el cuento "En la madrugada". El viejo Esteban es encarcelado por el asesinato de su jefe, don Justo. Sin embargo, Esteban no recuerda haberlo matado: "Me llegaron con ese aviso. Y que dizque yo lo había matado, dijeron los díceres. Bien pudo ser, pero yo no me acuerdo" (Rulfo 72-73). Aunque Esteban no muestra mucha resistencia a esta acusación y parece que acepta su destino, todavía podemos percibir que no cree que haya matado al hombre: "¡Ya cállate! Me acuerdo muy bien que se lo dije, ¿cómo no iba a acordarme de que había matado a un hombre? [...] Que dizque yo lo maté. Bien pudo ser. Pero también, pudo ser que él se haya muerto de coraje" (*Id*. 73,75). Además, las autoridades no tienen realmente ninguna prueba de que Esteban haya matado a don Justo, lo único que tienen es: "dijeron los díceres" (*Id*. 73). Sin embargo, el viejo Esteban acaba en la cárcel: "me van a juzgar la semana que entra porque criminé a don Justo" (*Id.* 75). Åsa Sebestyen menciona a otra víctima de este fenómeno, Macario, afirmando que sus acciones son inocentes pero que él, como Esteban, acepta su destino solo porque una persona de autoridad dijo que debía ser así (17). Esto se puede observar en el razonamiento de Macario: "Un día inventaron que yo andaba ahorcando a alguien; que le apreté el pescuezo a una señora nada más por nomás. Yo no me acuerdo. Pero, a todo esto, es mi madrina la que dice lo que yo hago y ella nunca anda con mentiras" (Rulfo 88).

Como se ha demostrado anteriormente, la vida de los campesinos en *El llano en llamas* está marcada por la muerte y la violencia constante. Gracia Terol Plá relaciona esta existencia miserable con el ambiente que dejó la Revolución tras de sí y cita las propias palabras de Rulfo:

> Siempre hubo apaciguamiento en los lugares donde yo estuve. Eran lugares tranquilos. Pero el hombre no lo era. El hombre traía una violencia retardada. Era de chispa retardada. Era un hombre que podía surgirle la violencia en cualquier instante. Y es que traían todavía los resabios de la revolución (...) Les había gustado el asalto, la violación, la violencia... (183).

En un mundo donde no hay seguridad ni justicia, donde la gente está oprimida por el sistema, "Todo eso crea un desequilibrio en la sociedad y los individuos rulfianos se ven obligados a usar la violencia para crear un equilibrio en sus vidas" (Sebestyen 25). En ese ambiente la gente se ve obligada a practicar "la resistencia para recuperar el poder sobre su propia vida" (Sebestyen 24). Esa es una opción de las dos, la resistencia. Sin embargo, esa resistencia suele encontrarse con el fracaso. En "Diles que no me maten" Juvencio Nava resiste incansablemente y lucha por salvar su vida. Es culpable de haber matado a don Lupe porque no dejó que sus animales pastaran en su hierba y mató a uno de los novillos de Juvencio. Por esta razón Juvencio

tuvo que pasar toda su vida huyendo, resistiéndose a pagar por sus actos. Intentó muchas cosas para escapar de este destino. Intentó sobornar al juez: "No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel" (Rulfo 113). Incluso se escapó a las montañas: "Cada que llegaba alguien al pueblo me avisaban: "-Por ahí andan unos fureños, Juvencio". Y yo echaba pal monte" (*Ibid*.). Cuando creía que todo estaba olvidado, lo atraparon: "Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente. [...] Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte" (*Id.* 114). Incluso cuando lo atraparon le rogó a su hijo una y otra vez que fuera a pedirle al sargento que le perdonara la vida: "Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué, consigues" (*Id.* 111). Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, terminó muerto. Mientras su hijo llevaba su cuerpo a casa dijo: "Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro degracia como te dieron" (*Id.* 118). Incluso en "Talpa" y "Paso del Norte", podemos observar esta resistencia en la lucha de los protagonistas por encontrar una vida mejor (el hijo de "Paso del Norte") o la salvación de su enfermedad (Tanilo de "Talpa"). Sin embargo, al final Tanilo no pudo salvarse y se encontró con su muerte: "Eso decía el señor cura desde allá arriba del púlpito. [...] Pero Tanilo ya no oyó lo que había dicho el señor cura. Se había quedado quieto, con la cabeza recargada en sus rodillas. Y cuando Natalia lo movió para que se levantara ya estaba muerto" (*Id.* 84). En cuanto al hijo de "Paso del Norte", él no consiguió cruzar la frontera del norte y proporcionar una vida mejor a sus hijos y a su esposa Tránsito y, además, al volver a casa se encontró con una triste realidad: "Se te fue la Tránsito con un arriero. Dizque era rebuena, ¿verdá? Tus muchachos están acá atrás dormidos. Y tú vete buscando donde pasar la noche, porque tu casa la vendí pa pagarme lo de los gastos. Y todavía me sales debiendo treinta pesos del valor de las escrituras" (*Id.* 140-141).

La otra opción que tienen los personajes de *El llano en llamas* es la aceptación tranquila de su destino y la pasividad. Este comportamiento ya se ha mencionado en el caso de los campesinos de "Nos han dado la tierra" que no tuvieron más remedio que aceptar la tierra inútil que les fue entregada, o en la resignación de los habitantes de Luvina que no aceptaron el consejo del profesor de irse, sino que se dejaron llevar por la voluntad de Dios. Asimismo, el viejo Esteban acepta la acusación de haber matado a don Justo:

> Yo no me acuerdo; pero bien pudo ser. Quizá los dos estábamos ciegos y no nos dimos cuenta de que nos matábamos uno al otro. Bien pudo ser. La memoria, a esta edad es engañosa; por eso

> yo le doy gracias a Dios, porque si acaba con todas mis facultades, ya no pierdo mucho, ya que casi no me queda ninguna. Y en cuanto a mi alma, pues ahí también a Él se la encomiendo (*Id.* 75).

Gracia Terol Plá cita otro ejemplo de esta pasividad en el cuento "Es que somos muy pobres": "El aguacero llegó de repente [...] lo único que pudimos hacer, todos los de mi casa, fue estarnos arrimados debajo del tejaván, viendo cómo el agua fría que caía del cielo quemaba aquella cebada [...]" (185). Silvia Lorente-Murphy (1989) observa que la Revolución

> […] dejó al margen a indígenas y campesinos, a hombres y mujeres que progresivamente estaban siendo empujados al silencio, a la miseria y a la soledad, creándoseles paulatinamente una situación de dependencia de una realidad regida por factores ajenos y fuera de todo control autónomo que provoca la incapacidad de los protagonistas de enfocar sus vidas bajo un propósito definido e independiente (854).

Además, argumenta: "El hombre así marginado, se entrega, generalmente, a una forma de conducta que repite, imita, acepta, lo dicho 'desde arriba' exhibiendo, de ese modo, el carácter subordinado de su mentalidad" (*Ibid*.). En efecto, este comportamiento es el que muestra Macario, que de hecho es presentado como alguien con mentalidad retrasada que se pasa las horas haciendo cosas insólitas: "lo de tener la cabeza así de dura es la gran cosa. Uno da de topes contra los pilares del corredor horas enteras y la cabeza no se hace nada, aguanta sin quebrarse. Y uno da de topes contra el suelo" (Rulfo 89). Se cree todo lo que le dice su tía como si fuera una ley. Además, tiende a repetir lo que le han dicho: "Los sapos no se comen [...] Felipa es la que dice que es malo comer sapos" (*Id.* 87). Macario afirma que a Felipa no le gusta cuando hace daño a los sapos, pero: "es mi madrina la que me manda a hacer las cosas..." (*Ibid*.). Aunque le guste más Felipa, "es mi madrina la que saca el dinero de su bolsa [...]" (*Ibid*.) y por eso se ve obligado a hacer lo que ella le dice. Este ambiente social e histórico de dependencia y subdesarrollo, según Lorente-Murphy (1989), existe desde la época de Porfirio Díaz y dura hasta mucho después de la Revolución (855).

6.3. Las autoridades mexicanas

José Carlos González Boixo sostiene que, en su obra, Rulfo nos muestra la soledad del hombre mexicano (17). En efecto, no es de extrañar que el campesino rulfiano sienta la soledad, ya que se encuentra oprimido por naturaleza bien como por figuras de autoridad, consciente de que la Revolución mexicana y la reforma agraria no traerán la salvación y cambios. Sin embargo, González Boixo menciona otra razón para este estado de desamparo y es el abandono por parte del Gobierno (16). Guzmán Anguiano señala que para los campesinos: "el gobierno es una fuerza abstracta y deshumanizada" (54). Esto se percibe en la actitud de la gente de Luvina cuando el profesor les aconseja que se vayan, diciendo que el Gobierno los ayudará. La gente responde:

> – ¿Dices que el gobierno nos ayudará, profesor? ¿No conoces al gobierno?
>
> – Les dije que sí.
>
> – También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre de gobierno.
>
> – Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina. Pelaron los dientes molenques y me dijeron que no, que el gobierno no tenía madre. (Rulfo 127)

Es por esta ausencia de Gobierno que aparecen otras figuras de autoridad que plantean sus propias reglas y controles (Boixo 54), como los Torricos en "Cuesta de las Comadres" o la tía de Macario.

Åsa Sebestyen sostiene que el Gobierno no cumple con su deber de proporcionar seguridad social y justicia al pueblo, sino que solo aparece cuando hay que castigar a alguien y buscar una víctima (18). Lo ejemplifica con una escena del cuento "El hombre", cuando un arriero es encarcelado solo porque informa a la policía de que él mismo ha sido testigo de un asesinato (*Ibid*.). Incluso en otros cuentos hay muchos ejemplos que apoyan la tesis de Sebestyen. Una situación casi idéntica ocurre en "En la madrugada", cuando el viejo Esteban es encarcelado por el asesinato de don Justo, aunque no haya ninguna prueba, más lo que dice la gente. La gente de Luvina también puede atestiguar que el Gobierno solo se acuerda de ellos "cuando alguno de sus muchachos ha hecho alguna fechoría aquí abajo. Entonces manda por él hasta Luvina y se lo matan. De ahí en más no saben si existe" (Rulfo 127). En "Acuérdate" la autoridad solo aparece al final para detener a Urbano Gómez después de que este haya matado a su cuñado Nachito Rivero. Incluso el gobernador de "El día del derrumbe" se da una fiesta de cuatro mil pesos en lugar de ayudar a las víctimas del terremoto. Parece que las figuras de

autoridad solo terminan haciendo más daño que bien, poniendo una carga aún mayor en el ya abatido pueblo.

Silvia Lorente-Murphy (1987) señala otra situación en la que el Gobierno aparece, pero solo para liberarse de sus obligaciones, sin proporcionar realmente a la gente lo que necesita. Tal es el caso del cuento "Nos han dado la tierra" (97). Los campesinos reciben la tierra por parte del Gobierno, tal y como fue garantizado por la reforma agraria, pero la tierra es inútil e infértil. Intentan quejarse: "Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierre en esa como cantera que es la tierra del Llano" (Rulfo 42). Con todo, el delegado no los escucha, solo dice: "Eso manifiéstenlo por escrito. Y ahora váyanse. Es al latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra" (*Ibid*.). Esta afirmación por parte de la autoridad está llena de ironía porque si los campesinos no saben "ni lo que es eso de barbacoa" (*Id*. 154) probablemente ni siquiera sepan leer y escribir. Además, Lorente-Murphy (1987) señala la falta de comunicación entre el Gobierno y los campesinos (97). Si la única manera de llegar al Gobierno es "por escrito" y ellos no saben escribir, parece que no hay manera de que se comuniquen. Como observa Lorente-Murphy (1987): "La fórmula opresores y oprimidos que generó la Revolución permanece intocada" (*Ibid*.). Según Åsa Sebestyen, la ausencia del Estado en el universo rulfiano se debe a que el pueblo está excluido del discurso estatal y, por tanto, de lo social (20). El campo mexicano está aislado, apartado de lo urbano y de cualquier posibilidad del progreso.

Pedro García-Caro analiza el cuento "Luvina" y en su artículo comenta lo que se puede describir como: "la crisis de la instauración de un concepto de patria consensual en el México post-revolucionario" (94). Observa la sección del cuento en la que los habitantes de Luvina se ríen de la representación del patriotismo por parte del profesor. Sostiene que, mediante el humor, el pueblo rechaza: "la relación de paternidad o maternidad" y "la identificación entre la patria y el gobierno" (*Ibid*.). Por haber sido abandonados por quienes debían darles seguridad, estabilidad y una vida mejor, los campesinos rulfianos se sienten huérfanos. González Boixo relaciona este sentimiento de orfandad con el odio o desinterés del padre hacia el hijo (17). Un ejemplo es el del cuento "La herencia de Matilde Arcángel", donde el hijo Euremio "vivía si es que todavía vive, aplastado por el odio como por una piedra; y válido es decirlo, su desventura fue la de haber nacido" (Rulfo 159). Sin embargo, "Quien más lo aborrecía era su padre" (*Ibid*.), quien probablemente estaba resentido porque su madre murió tratando de salvarlo de un caballo

desbocado: “Y parecía haber muerto contenta de no haber apachurrado a su hijo en la caída, ya que se le traslucía la alegría en los ojos” (*Id.* 163).

Otro ejemplo es el del cuento “Paso del Norte”, en el que el hijo está enfadado con el padre por no haberle proporcionado una base sobre la que pudiera construirse una buena vida: “No hallo qué decir, padre, hasta lo desconozco. ¿Qué me gané con que usté me criara?, puros trabajos. Nomás me trajo al mundo al averíguatelas como puedas. Ni siquiera me enseñó el oficio de cuetero, como pa que no le fuera a hacer a usté la competencia” (*Id*. 135). Los padres de los cuentos pueden interpretarse como una metáfora del Gobierno, que se supone que es un Gran Padre, una Patria. Ninguno de ellos ha conseguido proporcionar a sus “hijos” las necesidades básicas para ayudarles a tener éxito en la vida. Los hijos no tienen otra opción que valerse por sí mismos y vivir resentidos: “Pero usté me nació. Y usté tenía que haberme encaminado, no nomás soltarme como caballo entre milpas” (*Id*. 136).

6.4. Los protagonistas de la Revolución

Queda claro que Rulfo retrata al Gobierno y sus funcionarios de modo muy poco favorable. Incluso cuando habla de los militares no deja una imagen positiva. En el cuento “La noche que lo dejaron solo” Feliciano Ruelas se entera de que los soldados colgaron y mataron a sus tíos. Es más, también persiguen a Feliciano: “Estamos esperando que llegue el otro. Dicen que eran tres, así que tienen que ser tres” (Rulfo 132). Sin embargo, pronto somos testigos del verdadero carácter de estos soldados cuando uno de ellos declara: “Mi mayor dice que si no viene de hoy a mañana, acabamos con el primero que pase y así se cumplirán las órdenes” (*Ibid*.). No parecen preocuparse por la justicia o la moral, solo quieren cumplir con la tarea a toda costa, como si lo que están haciendo no tuviera ninguna importancia. No se presentan como soldados heroicos que luchan por su país y por los ideales; de hecho, hacen todo para evitar la lucha. Cuando uno de los soldados sugiere que vayan a buscar a Feliciano, el otro dice: “Lo bueno sería dejarlos pasar para que les dieran guerra a los compañeros de los Altos” (*Ibid*.). El primer soldado llega entonces a la conclusión: “Eso sería lo bueno. A ver si no a resultas de eso nos enfilan también a nosotros por aquel rumbo” (*Ibid*.). No parece haber ninguna ideología que los guíe, están ahí por otras razones, tal vez algunas ganancias y beneficios personales.

Del mismo modo, el retrato que hace Rulfo de los revolucionarios tampoco está marcado por el espíritu heroico. González Boixo sostiene que los revolucionarios se convierten con frecuencia en: “bandas armadas sin ideario político” (16). Esto es evidente en el cuento “El

llano en llamas" cuando Pedro Zamora dice: "Y aunque no tenemos por ahorita ninguna bandera por qué pelear, debemos apurarnos a amontonar dinero, para que cuando vengan las tropas del gobierno vean que somos poderosos" (Rulfo 101). Zamora y sus seguidores no se preocupan por salvar a los oprimidos o por hacer justicia, solo se preocupan por sus ganancias personales como: "llenar de terror todos los alrededores del Llano" (*Ibid*.). Bong-Seo Yoon, en su análisis de la obra de Rulfo, escribe sobre Pedro Zamora como representante de los revolucionarios y de "lo que fue la Revolución" (203). Pedro Zamora fue inicialmente partidario de Venustiano Carranza, aunque, más tarde, los generales de Carranza se volvieron contra Zamora y lo persiguieron, y Zamora se unió a los revolucionarios. La trama del cuento se desarrolla después de que Zamora se haya unido a los revolucionarios, ya que es evidente que están luchando contra los federales. Bong-Seo observa que, aunque al principio declaran la lucha contra los ricos, pronto incluso la gente inocente del pueblo se convierte en sus víctimas (204). Al principio Pedro Zamora declara: "Esta revolución la vamos a hacer con el dinero de los ricos. Ellos pagarán las armas y los gastos que cueste esta revolución que estamos haciendo" (Rulfo 101). Sin embargo, como se puede ver en el relato, la realidad es otra:

> De allí nos encaminamos hacia San Pedro. Le prendimos fuego y luego la emprendimos rumbo al Petacal. Era la época en que el maíz ya estaba por pizcarse y las milpas se veían secas y dobladas por los ventarrones que soplan por este tiempo sobre el Llano. Así que se veía muy bonito ver caminar el fuego en los potreros (*Ibid*.).

No solo privan al pueblo de los recursos que necesitan para sobrevivir y queman sus casas, sino que también secuestran y violan a sus mujeres como se observa de la cita siguiente: "Pero los indios güeros pronto se encariñaron con Pedro Zamora [...] A veces hasta se robaban las mejores muchachas que había en los pueblos para que él se encargara de ellas" (*Id*. 105). Incluso fueron responsables del "descarrilamiento del tren en la cuesta de Sayula" (*Id*. 106) que causó la muerte de muchos. Este tipo de comportamientos brutales sí ocurrían durante la Revolución y el abuelo de Rulfo fue testigo de ello. Pedro Zamora colgó al abuelo de Rulfo, el hacendado Carlos Vizcaíno, por los pulgares, provocando la pérdida de ambos dedos, porque no tenía cincuenta mil pesos que Zamora exigía (Sánchez Reyes 185). Bong-Seo señala otra forma en que Rulfo cuestiona indirectamente la Revolución, ya que los propios rebeldes la definen en el texto (205-206). Pichón, uno de los seguidores de Zamora, que también narra el cuento dice: "Como al principio, cuando nos habíamos levantado de la tierra, como huizapoles maduros aventados por el viento, para llenar de terror todos los alrededores del Llano. Hubo un tiempo que así fue. Y ahora parece volver" (Rulfo 101). Bong-Seo comenta que los rebeldes se comparan con los "huizapoles". Es la palabra náhuatl que "se refiere en ese texto a los frutos

espinosos que 'aventados por el viento' hacen daño a todo lo que tocan" (206). En este sentido, aunque Pichón es muy consciente de las injusticias que él, y también la Revolución, perpetúan, especialmente con respecto a los más desfavorecidos de la sociedad, es decir, a los campesinos mexicanos, opta por continuar con ellas solo porque le dan una sensación de poder que anhela. Por otra parte, Elton Emanuel Brito Cavalcante comenta cómo Rulfo cuestiona la justicia que se practica en su nación, ya que Pichón no cumplió su condena en la cárcel por las atrocidades que hizo estando en la banda de Zamora (166): "Yo salí de la cárcel hace tres años. Me castigaron allí por muchos delitos; pero no porque hubiera andado con Pedro Zamora. Eso no lo supieron ellos. Me agarraron por otras cosas, entre otras por la mala costumbre que yo tenía de robar muchachas" (Rulfo 109). El producto de esta mala costumbre es el hijo que tuvo con una mujer cuyo padre mató y a la que violó. Cuando vio a su hijo notó que tenía: "algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre" (*Id*. 110). Es como si Rulfo tratara de transmitirnos el triste hecho de una vez terminada la Revolución, el ciclo de violencia se perpetua. En efecto, como dice la frase de un corrido popular al inicio del cuento: "Ya mataron a la perra, pero quedan los perritos..." (*Id.* 93).

Un ejemplo de este perrito de la Revolución es la Guerra cristera que sirve de trasfondo histórico al relato "La noche que le dejaron solo". Una de las alusiones evidentes a la Guerra es cuando Feliciano Ruelas casi grita: "¡Viva Cristo Rey!" (*Id.* 131), ya que esa era la famosa frase de los cristeros. Otra es la mención directa a: "los cristeros del Catorce" (*Id.* 132). Sin embargo, es esta palabra "Catorce" la que, según Bong-Seo, tiene significado particular. El crítico cree que este nombre alude a Victoriano Ramírez "que era un feroz bandolero que se había unido a los cristeros, más por conveniencia que por convicción" y que fue responsable de algunos crímenes abominables cometidos por los cristeros (215).

Pedro García-Caro, en su análisis del cuento "Luvina", destaca la importancia de la escena en la que el profesor y su familia tienen que pasar la noche en una iglesia abandonada al llegar a Luvina, porque no tenían donde alojarse. Por la mañana, se despiertan y ven a las mujeres de Luvina llevando sus cántaros al río para conseguir agua: "Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo con sus negros cántaros" (Rulfo 125). García-Caro cree que esta mención del agua está relacionada con la obra *Dios en la tierra* de José Revueltas que precede a Rulfo, en la que el agua es un elemento central y un arma con la que los cristeros resisten al ejército federal (92). García-Caro cree que es importante la forma en que se presenta a los cristeros en la novela de Revueltas. No se les retrata como héroes, sino como: "una masa

enfurecida, como una extensión del mismo dios terrible que castiga la tierra con su odio infinito" (*Ibid*.). En sus cuentos, Rulfo pretendía mostrar que los cristeros tampoco luchaban siempre por buenas razones, sino que eran tan culpables de la persistencia de la violencia como los federales y los revolucionarios. Esto se confirma en las palabras de Rulfo en las que él descubre su actitud hacia la Guerra cristera: "En ésta los hombres combatieron unos en contra de otros sin tener fe en la causa que estaban peleando. Creían combatir por su fe, por una causa santa, pero en realidad, si se mira con cuidado cuál era la base de su lucha, se encontraría uno que esos hombres eran los más carentes de cristianismo" (Bong-Seo 216).

6.5. El papel de Estados Unidos en la Revolución mexicana

México y los Estados Unidos tienen una larga historia entrelazada: desde la ayuda estadounidense a México durante su lucha por la independencia del emperador Maximiliano y su Segundo Imperio Mexicano, hasta la guerra entre México y Estados Unidos por el territorio de Texas, pasando por el interés económico y la inversión de capital de Estados Unidos en México. Lo último tiene especial importancia para la Revolución mexicana. Durante su gobierno en México, Porfirio Díaz aplicó políticas liberales encaminadas a la modernización y el desarrollo económico, invitando a los empresarios internacionales a invertir en México. Como resultado, los intereses comerciales estadounidenses invirtieron grandes sumas de dinero, especialmente a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México. Dado que los dos países mantenían una estrecha relación económica que dependía de la estabilidad política de México, los Estados Unidos se veían motivados a intervenir en la Revolución, lo que tuvo como consecuencia el malestar político y económico.

La participación de Estados Unidos fue variada y aparentemente contradictoria, pero tanto por razones económicas como políticas, su Gobierno generalmente apoyaba a los que ocupaban el poder. Al principio, antes de la toma de posesión del vigésimo octavo presidente estadounidense Woodrow Wilson, el Gobierno estadounidense se limitó a advertir a los militares mexicanos de que, si las vidas y los bienes de los ciudadanos estadounidenses que vivían en el país se veían amenazados, el ejército estadounidense iba a tomar medidas decisivas. Por ello, el presidente William Howard Taft envió tropas a la frontera entre Estados Unidos y México, pero no les permitió intervenir directamente en el conflicto. En realidad, los EE. UU. no intervinieron sustancialmente en la Revolución, sino indirectamente, sobre todo a través del comercio de armas o como lugar de refugio para los revolucionarios, como ocurrió cuando Francisco I.

Madero tuvo que huir al lado estadounidense de la frontera para escapar de la persecución de Porfirio Díaz. Esto le permitió preparar su regreso como el nuevo presidente. Otro ejemplo de la participación de Estados Unidos fue la conducta del embajador del entonces presidente William Howard Taft en México, Henry Lane Wilson. Él conspiró con el general Victoriano Huerta para derrocar a Madero, lo que provocó su dimisión y asesinato. Sin embargo, el Gobierno de Estados Unidos bajo el recién inaugurado presidente Woodrow Wilson se negó a reconocer el gobierno de Huerta. Esto nos lleva a la primera de las dos intervenciones militares directas de Estados Unidos en la Revolución. Bajo el presidente Wilson, los Estados Unidos enviaron tropas para ocupar Veracruz en 1914 porque el Gobierno de Victoriano Huerta se negó a pedir disculpas por el Incidente del Delfín, que ocurrió cuando unos marineros estadounidenses fueron arrestados en Tampico durante un viaje para reabastecer al U.S.S. Dolphin, un submarino de la Marina de Estados Unidos. Sin embargo, la crisis se resolvió. Más tarde, dos fuerzas antihuertistas empezaron a hacerse más prominentes, una en el norte liderada por Venustiano Carranza y otra en el sur liderada por Emiliano Zapata. Este tipo de tensiones y disturbios obligaron a Victoriano Huerta a dimitir. Cuando en 1915 estalló una guerra civil entre estas dos facciones mencionadas, los EE. UU. reconocieron a la facción constitucionalista de Carranza, lo que permitió el flujo de armas a su ejército. Pancho Villa, antiguo aliado de Carranza, se enfadó por el reconocimiento estadounidense de su rival y atacó la ciudad fronteriza de Columbus, Nuevo México, en 1916. Fue entonces cuando se produjo la segunda invasión militar directa de Estados Unidos en México en un intento fallido de capturar a Pancho Villa. Por otra parte, ambas invasiones se justificaron con su declaración inicial y se llevaron a cabo para proteger a los ciudadanos estadounidenses.

Sin embargo, hay otro papel importante que tuvieron los EE. UU. durante la Revolución mexicana. Como se ha comentado anteriormente en este trabajo, durante la época y después de la Revolución, los ciudadanos mexicanos, y sobre todo los campesinos, se enfrentaron a la violencia, a las bandas armadas que llevaban la agitación a sus pueblos, a las fuerzas imprevisibles de la naturaleza, a la pobreza y, finalmente, a la falta de trabajo. Esto llevó a muchos a buscar mejores formas de vida en otros lugares. Por ello, ciudades como El Paso y Laredo, ubicadas en Texas, en el lado estadounidense de la frontera, se convirtieron en sus nuevos hogares. Felipe Sánchez Reyes señala que: “La política antiagraria de Ávila Camacho de privatizar el campo y denegar solicitudes de tierra genera descontento entre los campesinos, quienes, desesperados por la miseria en el campo, se desplazan a una ciudad o emigran legal o ilegalmente a Estados Unidos en busca de un salario en dólares e inician el bracerismo” (196).

El cuento que refleja esta situación es “Paso del Norte”. Como dice el hijo a su padre: “Me voy lejos, padre; por eso vengo a darle el aviso. [...] Me voy pal Norte” (Rulfo 134). Cuando el padre le pregunta qué va a hacer en el Norte, el hijo le contesta: “Pos a ganar dinero” (*Ibid.*). El negocio de venta de cerdos del hijo ha fracasado y su familia se muere de hambre: “Hay hambre, padre; [...] Ya nadie cría puercos en este tiempo. [...] Se acabó el negocio, padre” (*Ibid*.). Durante su viaje al Norte, el hijo observa cómo han cambiado los tiempos: “De los ranchos bajaba la gente a los pueblos; la gente de los pueblos se iba a las ciudades. En las ciudades la gente se perdía; se disolvía entre la gente” (*Id.* 137). Al igual que muchos inmigrantes de la época, el hijo va primero a una ciudad a buscar un “coyote”, una persona que le ayudaría a cruzar la frontera y le daría un contacto para encontrar el trabajo: “'¿No sabe dónde me darán trabajo?' 'Sí, vete a Ciudá Juárez. Yo te paso por doscientos pesos. Busca a fulano de tal y dile que yo te mando. Nomás no se lo digas a nadie'“. (*Ibid*.). En el Norte hay muchas posibilidades de ganar dinero: “¿Has oído hablar de Oregón? Bien, dile a él que quieres ir a Oregón. A cosechar manzanas [...] Y si no quieres cosechar manzanas, te pones a pegar durmientes. Eso deja más y es más durable. Volverás con muchos dólares”. (*Ibid.*).

Sin embargo, la frontera resulta ser un lugar peligroso donde muchos inmigrantes son asesinados antes de llegar a Estados Unidos: “Padre, nos mataron. [...] Al pasar el río. Nos zumbaron las balas hasta que nos mataron a todos” (*Ibid*.). La afluencia de refugiados mexicanos a estas zonas fue significativa después de la Revolución, pero el cuento arriba comentado nos parece sumamente interesante por anunciar un problema grave que se irá agravando con tiempo, y que afectará a la política de inmigración de Estados Unidos y a las futuras generaciones de inmigrantes. Como ya sabemos el problema de inmigración queda sin resolverse aún hoy en día.

Al final, los hechos son evidentes: la Revolución mexicana, cuyo aparente objetivo era ayudar a los campesinos mexicanos, los abandonó y terminó obligándolos o bien a huir en una vana búsqueda de la vida pacífica, o bien a ser “relegados al silencio, a la soledad, a la miseria y a la violencia como único medio de sentirse aún vivos” (Lorente-Murphy 1989 855).

7. Conclusión

Dado que la vida y la creación literaria de Juan Rulfo fueron influenciadas por la Revolución mexicana y sus consecuencias, en este trabajo hemos considerado necesario explicar el contexto social, histórico y político de la época. También se ha hablado sobre el género literario que

aborda el tema de la Revolución, es decir sobre la novela de la Revolución entre cuyos exponentes se encuentra Juan Rulfo. Este autor mexicano revoluciona este género con sus nuevas técnicas literarias; sin embargo, según algunos críticos, al mismo tiempo marca su cierre. En su obra *El llano en llamas* Juan Rulfo deconstruye los valores de la Revolución al mostrar que las condiciones de vida de la gente del campo mexicano no cambian incluso después de la Revolución que había prometido mejorar su situación.

La primera parte del análisis examina el estado del campo mexicano en el período posrevolucionario tal y como lo presenta Rulfo en *El llano en llamas*. Los cuentos describen un ambiente gris y desolado. La falta de vida de la tierra se refleja en la pasividad y la resignación de la gente. Además, los cuentos muestran las consecuencias de la infructuosa reforma agraria que prometió devolver la tierra a los campesinos. El autor presenta una situación doblemente frustrante. Por un lado, los campesinos ni siquiera reciben la tierra, ya que acaba en manos de los ricos opresores o, por otro lado, reciben tierra que resulta ser infértil y consecuentemente inútil. Además, el ambiente pesimista y la falta de progreso se acentúan aún más debido a las técnicas literarias que el autor emplea como las repeticiones, los silencios y las omisiones.

El segundo subcapítulo del análisis trata del pueblo mexicano y del ambiente inhóspito al que está expuesto. Se divide en dos subcapítulos. El primer subcapítulo examina la violencia que penetra en la vida de los campesinos. Se refleja en el carácter imprevisible de la naturaleza que suele perpetuar la miseria de los campesinos, las figuras opresivas de la autoridad que ejercen su poder sobre los indefensos campesinos, la pobreza y la escasez de trabajo. También hay una fuerte disparidad entre los ricos de las ciudades y los pobres del campo que acaba perjudicando a los ya desfavorecidos. La violencia también aparece en forma de asesinatos, violencia estructural y abuso de poder. En el caso de la violencia estructural, el sistema social y político provoca y perpetúa la miseria de ciertos grupos de la sociedad al darles pocas opciones de supervivencia. El segundo subcapítulo trata de la resignación y la pasividad del campesino mexicano. Se comenta la evidente falta de justicia, ya que a las autoridades no parece importarles la protección de los campesinos. En este ambiente de miseria, a la gente solo le quedan dos opciones: resistir, lo que a menudo conduce al fracaso, o aceptar su sombrío destino. Muchos autores relacionan este estado del pueblo con la Revolución y el ambiente que esta dejó tras de sí. Así, el pueblo se ve reducido a repetir, imitar o aceptar lo que le han dicho los que están en el poder.

El tercer subcapítulo del análisis explica el papel de las autoridades mexicanas. En el mundo rulfiano, los personajes han sido abandonados por el Gobierno, que solo aparece cuando necesita liberarse de sus obligaciones sin cumplir realmente con su responsabilidad de proporcionar seguridad social y justicia al pueblo. Existe una falta de comunicación entre el Gobierno y los campesinos, ya que el campo mexicano está excluido de lo urbano y del progreso. Esto a su vez provoca el rechazo de la Patria por parte del pueblo y un sentimiento de orfandad.

El cuarto subcapítulo trata de los protagonistas de la Revolución y su representación en los cuentos. Rulfo no retrata positivamente a los militares del Gobierno, mostrando que muchas veces no lucharon por la justicia, sino que persiguieron sus propios beneficios. Sin embargo, los revolucionarios rulfianos también parecen carecer de cualquier ideología política y persiguen sus objetivos egoístas. Frecuentemente se convierten en bandas armadas que solo aportan más violencia y miseria al pueblo. La representación que hace Rulfo de los cristeros es igualmente crítica, pues contiene alusiones que nos hacen cuestionar la validez de sus acciones.

En la última parte del análisis examinamos el papel de los Estados Unidos en la Revolución mexicana. Los Estados Unidos no se involucraron directamente en la Revolución, pero dado que los países compartían una estrecha relación económica y que las inversiones estadounidenses en México dependían de la estabilidad de México, sí tuvieron un papel importante. La mayoría de las veces intervinieron a través del comercio de armas o como lugar de refugio para los revolucionarios. Solo hubo dos intervenciones militares directas de EE. UU. y ambas se justificaban con el propósito de proteger a los ciudadanos estadounidenses en México. Sin embargo, los cuentos muestran otro papel de los Estados Unidos. Ellos eran un lugar donde los ciudadanos mexicanos emigraron como braceros con la esperanza de encontrar mejores condiciones de vida, huyendo de la trágica vida en su propio país.

Juan Rulfo nos ha mostrado realmente lo que ha significado la Revolución para los campesinos mexicanos, sin comentarla nunca directamente. En contraste con las grandes figuras heroicas de la Revolución, Rulfo nos presenta “un fracaso antiheroico [...] que desdice sus ilusiones y arrasa los ideales educativos revolucionarios” (García-Caro 94).

8. Bibliografía

Bellini, Giuseppe. “La narrativa del siglo XX: la nueva novela y su auge: México”. *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*. Tercera edición. Madrid: Editorial Castalia, 1997. 550-565.

Bellini, Giuseppe. “La novela de la Revolución mexicana: Mariano Azuela”. *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*. Tercera edición. Madrid: Editorial Castalia, 1997. 447-449.

Blanco Aguinaga, Carlos. “Introducción”. *El llano en llamas,* ed. Carlos Blanco Aguinaga. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994. 9-30.

Brito Cavalcante, Elton Emanuel. “La violencia y el libre albedrio en el cuento ‘El llano en llamas’ de Juan Rulfo: la voluntad de poder como telón de fondo en la Revolución mexicana”, *Travessias* 12/4 (2018): 163-177. En línea:

http://www.unioeste.br/travessias [fecha de consulta: 07/04/2021].

Díez Rodríguez, Miguel. “'Luvina' de Juan Rulfo: la imagen de la desolación”, *Espéculo. Revista de estudios literario*. Universidad Complutense de Madrid 38 (2008). En línea: http://www.ucm.es/info/especulo/numero38/luvina.html [fecha de consulta: 17/04/2021].

“ejido o ejido colectivo”. Def. 2. Diccionario panhispánico del español jurídico. En línea: https://dpej.rae.es/lema/ejido-o-ejido-colectivo [fecha de consulta: 07/04/2021].

García, Ignacio. “Joseph Sommers: Entrevista a Juan Rulfo”. *Los Elementos del Reino*. En línea:
http://loselementosdelreino.blogspot.com/2011/11/joseph-sommers-entrevista-juan-rulfo.html [fecha de consulta: 17/04/2021].

García-Caro, Pedro. “`Luvina´ y la teoría política de Juan Rulfo”, *Monteagudo: Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura* 22 (2017): 89-95. En línea:

https://revistas.um.es/monteagudo/article/view/299841 [fecha de consulta: 08/04/2021].

González Boixo, José Carlos. “Juan Rulfo: nostalgia del paraíso”, *Los Cuadernos del Norte: Revista cultural de la Caja de Ahorros de Asturias* 4/21 (1983): 14-17. En línea:

https://cvc.cervantes.es/literatura/cuadernos_del_norte/pdf/21/21_14.pdf [fecha de consulta: 04/04/2021].

Guzmán Anguiano, Francisco Joel. "Lo rural en la obra de Juan Rulfo: Orígenes, contenido y trascendencia", *Vuelo Libre. Revista de Historia.* 1 (2015): 49-58. En línea:

http://www.vuelolibre.revistadehistoria.cucsh.udg.mx/sites/default/files/5_lo_rural_en_juan_rulfo_2.pdf [fecha de consulta: 02/04/2021].

Hasse, Rolf H., Hermann Schneider y Klaus Weigelt. "Glosario". *Diccionario de Economía Social de Mercado. Política económica de la A a la Z*. Edición española por la Fundación Konrad Adenauer. México: Fundación Konrad Adenauer, 2004. 409-421.

Lorente-Murphy, Silvia. "`Nos han dado la tierra´ de Juan Rulfo: síntesis de una frustración", *Confluencia* 3/1 (1987): 95-100. En línea:

https://www.jstor.org/stable/27921755 [fecha de consulta: 08/04/2021].

Lorente-Murphy, Silvia. "La Revolución Mexicana en la novela", *Revista Iberoamericana* 55/148-149 (1989): 847-857. En línea:

https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1989.4630 [fecha de consulta: 06/04/2021].

Oviedo, José Miguel. "El ciclo novelístico de la Revolución Mexicana". *Historia de la literatura hispanoamericana.* Tomo 3. Postmodernismo, Vanguardia, Regionalismo. Madrid: Alianza Editorial, 2001(a). 155-181.

Oviedo, José Miguel. "El mundo penitencial de Juan Rulfo". *Historia de la literatura hispanoamericana.* Tomo 4. De Borges al presente. Madrid: Alianza Editorial, 2001(b). 68-76.

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Poniatowska, Elena. *¡Ay vida, no me mereces!: Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, la literatura de la onda*. México: Joaquín Mortiz, 1985. En línea: https://archive.org/details/ayvidanomemerece0000poni [fecha de consulta: 11/04/2021].

Rulfo, Juan. *El llano en llamas*, ed. Carlos Blanco Aguinaga. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994.

Sánchez Reyes, Felipe. “Juan Rulfo: la historia y su vida en los cuentos de *El llano en llamas*”, *Tema y variaciones de literatura: el cuento mexicano del siglo XX* 22 (2004): 181-203. En línea:http://hdl.handle.net/11191/1933 [fecha de consulta: 01/04/2021].

Sebestyen, Åsa. *El origen de la violencia – Un estudio de poder y resistencia en la obra rulfiana.* Tesis de Licenciatura, Göteborgs universitet, 2011. En línea:

https://gupea.ub.gu.se/bitstream/2077/26154/1/gupea_2077_26154_1.pdf [fecha de consulta: 07/04/2021].

Terol Plá, Gracia. “Las máscaras de Juan Rulfo. Revisión de dos cuentos de *El llano en llamas*”, *Alfinge* 29 (2017): 169-194. En línea:

https://www.uco.es/ucopress/ojs/index.php/alfinge/article/view/7335/9593 [fecha de consulta: 09/04/2021].

Yoon, Bong-Seo. “Revolución mexicana y guerra cristera en la obra de Juan Rulfo”, *Revista Iberoamericana* 13 (2002): 199-225. En línea:

https://s-space.snu.ac.kr/bitstream/10371/69416/3/5628020111.pdf [fecha de consulta: 10/04/2021].